

IMPLICACIONES SOCIALES DE LA INVERSIÓN Y EL EMPLEO

Del Académico Numerario
EXCMO. SR. DR. D. ANTONIO VERDÚ SANTURDE

Si las necesidades del ser humano son ilimitadas y trabajando más podríamos vivir mejor, está claro dónde radica el problema del bienestar.

Por eso, el origen de la crisis económica gira fundamentalmente en torno al fallo de los estímulos que impulsan al hombre a intensificar sus esfuerzos. Este es un problema social, no individual, porque el deseo de mejorar y colaborar al igual que el desaliento o la insolidaridad, son fenómenos contagiosos que impregnan a toda la comunidad.

Recordemos que en las épocas prebélicas de fortalecimiento del poderío militar, al igual que en las postbélicas de reconstrucción nacional, el paro desaparece y todos trabajan con intensidad. ¿Por qué luego cuando se debería lograr la estabilidad y disfrutar de mayor bienestar, es precisamente cuando surgen las depresiones económicas?. Parece que el ser humano no tolera la estabilidad y cuando está en condiciones de evolucionar pacíficamente, se vuelve contra los demás y contra la sociedad como un todo, brotan los enfrentamientos internos y el objetivo de elevar la producción es sustituido por continuas disputas sobre la distribución haciendo olvidar que solo mejorará el bienestar individual cuando mejore la productividad del sistema en su conjunto. La famosa frase "la economía de Estados Unidos va bien cuando va bien la General Motors" utilizada con ánimo crítico, es una falacia porque la marcha de cualquier empresa, grande o pequeña, es buena cuando hay un crecimiento generalizado. En mayor o menor medida todos los sectores son "locomotoras" de los demás.

Esta interdependencia se manifiesta también en el comportamiento de las distintas magnitudes económicas. Por ejemplo, es un hecho analíticamente

comprobado que sólo puede haber creación de empleo cuando el PIB crece por encima del 3 ó 4%; pero este crecimiento requiere otro previo de la inversión bruta suficiente para cubrir los desgastes y obsolescencias y, además, las aplicaciones requeridas para la introducción de nuevas tecnologías. Ahora bien, la decisión de invertir está condicionada por la evolución esperada de la demanda, dependiente a su vez de las rentas generadas por la producción. El factor central, por tanto, es la inversión en cuanto indicador más representativo no sólo de actitudes del conjunto social sino también de la evolución económica, como lo demuestra el hecho de que en España, por ejemplo, el año de mayor crecimiento económico, 1961, con una tasa del 11'4%, fue el de mayor aumento de la inversión, 36'2%, en tanto que veinte años después, en 1981, cuando la inversión disminuyó en un 7'7%, el PIB solo tuvo una exigua elevación del 0'2%. En las mismas fechas el paro fue del 1'28% y el 14'63 respectivamente.

Es pues evidente que algo falla en el sistema. Intentos como los de la escuela de la "Public Choice" pueden contribuir a encontrar soluciones. En todo caso hay una etapa previa consistente en inyectar mayor racionalidad en el sistema. Esto significa el abandono de las políticas demagógicas y electoralistas practicadas ahora por todos los grupos sin excepción, para ser sustituidas por el análisis objetivo de la realidad que ponga al descubierto las auténticas raíces de la depresión, que señale los caminos y alternativas, los costes y rendimientos de cada opción y acote las normas mínimas cuyo riguroso cumplimiento sea indispensable para la evolución económica sobre la base del respeto a la iniciativa personal.

Sólo en estas condiciones será posible infundir la confianza y seguridad cuyo deterioro es causa de la incertidumbre que restringe la inversión, haciendo indispensable recurrir a una política errática, circunstancial y oportunista consistente en redistribuciones que den satisfacción a los descontentos. Entonces, sobre la idea de aumentar la producción domina la de distribución: hay que repartirlo todo, el trabajo, los recursos financieros, las pensiones, etc.; para ello se modifican los impuestos y la seguridad social, se socializan empresas, se anticipa la jubilación, se conceden subvenciones y otra serie de medidas que redistribuyen la renta nacional pero no contribuyen a lo verdaderamente importante que es su crecimiento.

Y paralela a esta redistribución que podríamos llamar activa, existe la pasiva debida a incumplimientos legales que hacen recaer sobre los ciudadanos más responsables el peso de las cargas públicas, pues según diversos estudios la economía oculta puede superar el 20% de la controlada, el fraude

fiscal se estima que supera el billón de pesetas y análoga cifra alcanzan los impagados a la seguridad social.

Aunque buena parte de estas deficiencias son imputables a las Administraciones Públicas, ha de admitirse que la situación tiene su origen en presiones de la masa social al exigir del sistema más de lo que éste puede dar. Por ello, sólo se podrá remontar la depresión cuando se produzca un cambio de actitudes y para ello es necesario que la situación alcance un profundo grado de deterioro, llegando a calar en la mentalidad social hechos que eran evidentes para el observador sistemático de la realidad. Por ejemplo, ha sido necesario que el paro rebasase la peligrosa cota del 20% para que los portavoces de los sectores más progresistas pusiesen en duda la conveniencia de mantener rígidas reivindicaciones laborales y admitiesen en nombre del grupo al que representan, que es preferible trabajar algunos meses a estar en paro todo el año, y que las huelgas perjudican sensiblemente la economía nacional.

El paso siguiente es abandonar la hipótesis de que la técnica moderna puede ir proporcionando cada vez más productos con menos trabajo y que por ello el problema futuro será de distribución de la abundancia y no de intensificación del esfuerzo. Esta tesis no tiene en cuenta que hoy la mayor parte de la producción está compuesta por servicios y que la demanda se dirige cada día más hacia la calidad; pero además, aún refiriéndonos a la producción de bienes fabricados en serie, la creciente productividad se debe al permanente esfuerzo de un elevado número de especialistas —en rápido aumento— que paso a paso, día a día, van perfeccionando los sistemas e ideando nuevas posibilidades. En cualquier caso, los prodigiosos avances conseguidos por la tecnología moderna no significan que la técnica sea una fuerza omnipotente creadora de recurso, pues como certeramente aclara Fourastié el progreso técnico no es un inagotable pozo sin fondo del cual el hombre puede beber sin esfuerzo; es solamente un medio de llenar el pozo. Con la particularidad de que en nuestro universo económico apenas hay acción eficaz que no exija la cooperación de varios individuos mediante un equilibrio indispensable entre la libertad, sin la cual la investigación no puede vivir, y la coordinación, sin la cual pierde casi toda la fuerza.

Este último objetivo obliga a superar viejas taras aludidas por Jaime Bassa al afirmar que con excesiva frecuencia existe en la esfera empresarial una deficiente preparación para afrontar el salto que representa la nueva tecnología. "La mayoría de los sectores están atomizados, las empresas mal dimensionadas y con poca especialización, subsisten muchas unidades productivas

marginales, envejecimiento de los equipos, fabricación de series excesivamente cortas, insuficiente racionalización de los procesos, falta de normalización de los productos, estructuras de personal inadecuadas, insuficiente motivación del personal y elevado absentismo laboral”.

Todo ello demuestra la urgencia de conceder preferente atención a la productividad que está en relación muy directa con el capital invertido y, por lo tanto, cualquier medida que fomente el ahorro y la subsiguiente capitalización de las empresas, favorecerá una mejora de la productividad. Según Luis Bagallat el dinero dilapidado para mantener empresas en situación insostenible podría ser invertido mucho más eficazmente en fomento de nuevas industrias, repercutiendo en la elevación del nivel de vida de los trabajadores cuya capacidad adquisitiva no podrá aumentar si no se incrementa en términos reales la productividad, que a su vez depende de la eficacia de los trabajadores.

En una economía industrial nada se obtiene espontáneamente; se produce en proporción a cuánto y cómo se trabaja. Cuando se quiere elevar la inversión habrá de producirse más o consumirse menos; y cuando se quiere elevar los salarios habrá que trabajar más o reducir en compensación las rentas no salariales.

Para dar la sensación de que todo va aumentando, siempre queda el recurso de la inflación (que es una singular manera de engañarnos a nosotros mismos tapando la realidad); pero en una economía racional, con precios estables, para que no se produzca inflación es necesario que las elevaciones en alguno de los componentes del coste sean conjugadas con las disminuciones de otros. Los componentes más controvertidos son los salarios y las rentas empresariales. Ahora bien, como los primeros representan una proporción mucho más elevada que los segundos, una pequeña subida de los salarios requeriría una drástica reducción de las rentas empresariales que incluso pueden llegar a ser negativas. Como esto es insostenible a largo plazo y acarrearía la desaparición de las empresas, éstas procuran mantenerse recurriendo (aparte del endeudamiento progresivo también insostenible) a dos fórmulas: transferir los incrementos salariales a los precios, y procurar reducir al mínimo el número de trabajadores. La primera crea inflación y la segunda paro.

Este ejemplo demuestra que de nada vale subir los salarios si no aumenta paralelamente la producción, de cuyos bajos rendimientos unidos a excesivos costes son responsables tanto los trabajadores como los empresarios, así como las Administraciones Públicas que manejan más de un tercio de la

renta nacional y casi la mitad de la inversión total. Entre todos deberían encontrar soluciones que no sean parciales o unilaterales porque las magnitudes económicas (aunque esto a veces se olvida) están siempre relacionadas entre sí: cuando una se rectifica las otras quedan inevitablemente afectadas.

Es obvio, no obstante, que el principal factor determinante de la productividad es el trabajo o capital humano porque el hombre puede actuar sobre la naturaleza de igual forma que puede crear aparatos capaces de multiplicar los rendimientos.

El trabajo constituye, por tanto, la piedra angular del proceso de producción, con la particularidad de que no es un parámetro como —a corto plazo al menos— lo son los otros factores, pues todas las funciones correspondientes al factor trabajo (invención, organización y ejecución) dependen de cambiantes actitudes y reacciones humanas influidas por el ambiente social. Este hecho explica por qué en algunos momentos los países experimentan un fulgurante desarrollo económico y en otros empiezan a decaer o son incapaces de remontar una situación depresiva, como sucede en la actualidad.

El olvido de un principio tan fundamental como es la absoluta correlación entre rendimiento del trabajo y nivel de vida, ha llevado a cifrar las esperanzas de mejoramiento en cambios políticos o institucionales.

Durante años se ha relegado a un segundo plano de las preocupaciones sociales el tema de la productividad. Obsesionados por la política de rentas, monetaria y fiscal parecía extemporáneo defender el papel de la productividad como factor esencial para superar la crisis económica. Se desdeñaban hechos tan evidentes como los resultados de varias investigaciones hechas en Estados Unidos según las cuales los incrementos de productividad crean mayor trabajo, no reducción de empleo.

El aumento de la producción no sólo permite un mayor consumo; también nutre la formación de capital generadora de más alta ocupación y mayores expectativas de rendimientos futuros. Es inaudito que en período de grandes transformaciones estructurales al impulso de los avances técnicos, disminuyan los índices de inversión. Precisamente cuando más necesaria es la formación de capital, nos estamos descapitalizando; es decir, estamos viendo en cierta medida de las inversiones pasadas aunque no siempre hayan sido las más necesarias. Decía el comentarista Pedro Rodríguez con visión periodística: "La transición política no se quiso enterar, o no tuvo tiempo de enterarse, que democracia y carreteras no son compatibles. Que a los gobiernos, después de libertades, hay que pedirles primeras piedras, cortes

de cintas, pantanos, aeropuertos y carreteras", llegando a la conclusión de que la infraestructura del Estado ha llegado a su límite; el país se ha quedado viejo.

En honor a la verdad es obligado admitir que tampoco el ambiente social, la mentalidad dominante, ha estado a la altura de las circunstancias. Con frecuencia prestamos mayor atención a desmontar el pasado que a construir el futuro y ello relega a un segundo plazo a la pieza clave del devenir económico: las expectativas, en cuanto estimulantes de la inversión que es el elemento más sensible del proceso económico porque requiere cierto sacrificio del presente en aras del futuro, y esto sólo sucede cuando se vive mirando hacia adelante, cuando hay esperanza y confianza. Para aclarar este punto resumiremos los razonamientos de Alan Greenspan: La razón de la insuficiencia de las inversiones es la falta de confianza. La incertidumbre actual domina el proceso de inversión como prima de alto riesgo en cuya base se encuentra una profunda incertidumbre respecto al ambiente económico futuro. Aunque se podrían citar muchas razones, dos sobresalen como principales causas. La primera es la inflación que vuelve más incierto el cálculo de la tasa de rendimiento sobre nuevas inversiones. Un segundo factor son las incesantes reglamentaciones que pueden cambiar en cualquier momento engendrando incertidumbre y vacilación en las empresas, entorpeciendo así la capacidad del mercado para ajustarse a las tendencias a largo plazo que son sustituidas por acoplamientos circunstanciales entre oferta y demanda siempre frágiles e inestables.

En definitiva, la marcha de la economía depende, fundamentalmente, de la idea que los propios sujetos económicos tengan del futuro el cual, por lo demás, está en sus manos pues será lo que ellos quieran que sea.

Sin embargo, en lugar de plantearse abiertamente y con visión prospectiva las posibilidades de remontar la depresión aprovechando las energías potenciales que posee una colectividad responsable, se atribuye la atonía económica a motivos de ambiguo origen que en realidad son más bien consecuencias; por ejemplo, al debilitamiento de la demanda, y se toman medidas para reanimarla como si fuese una variable independiente, cuando lo cierto es que depende de la capacidad adquisitiva y ésta a su vez es función de la magnitud de la producción, por lo que sólo puede aumentarse el consumo de forma natural creando más riqueza, o de forma artificial creando medios de pago que acentúan la inflación.

Se insiste también en la necesidad de invertir; pero la inversión (producción para el futuro) sólo es atractiva cuando se espera que la demanda

aumente y ésta, como hemos visto, sólo aumentará si lo hace la producción y las rentas por ella generadas; con lo que nos vamos cerrando en un círculo vicioso cuya única vía de salida es elevar la eficiencia del sistema y esto no se consigue asignando fondos para mantener empresas deficitarias o subvencionando el paro, sino estimulando las iniciativas para que los recursos materiales y humanos se canalicen espontáneamente hacia las actividades de más futuro donde sean mayores los rendimientos y, consecuentemente, más alto el valor añadido (salarios y excedente empresarial).

Desde luego, el Estado no debe abandonar a quienes por las circunstancias adversas han resultado más perjudicados, sean trabajadores, empresarios o ahorradores; pero sin que la protección se convierta en una garantía capaz de anular ese margen de riesgo que hace al hombre previsor, sistemático y tenaz. Además, dicha protección habrá de aplicarse con carácter excepcional y visión global sin caer en lo anecdótico o sensacionalista, midiendo las consecuencias económicas (al margen de tópicos doctrinales) y anteponiendo los intereses de la comunidad a los de cualquier grupo, cualquiera que sea su poder disuasorio o coactivo.

Y como condición formal necesaria, figura en primer lugar la flexibilidad adaptativa. No se puede avanzar a saltos mediante cambios imprevistos o reconversiones periódicas. No se trata de reconvertir sino de evolucionar, y la evolución no consiste en hacer correcciones o mutaciones periódicas; ha de hacerse día a día, máquina a máquina, hombre a hombre. El engranaje de la economía tiene demasiadas piezas y demasiado ligadas recíprocamente para soportar sin grave daño los cambios bruscos en alguno de sus componentes.

Por eso, en la compleja economía moderna cualquier política coyuntural mediante arreglos (ajustes) parciales o provisionales crea mayor inestabilidad de la que se proponía suprimir. Y esto es válido en todos los ámbitos, desde la pequeña empresa hasta la economía mundial, aunque adquiere caracteres más señalados a nivel nacional por recaer la responsabilidad de la ordenación social sobre el Estado de cada nación.

Tampoco se trata de que todo esté programado de antemano, porque el futuro es imprevisible y la rígida programación social a largo plazo podría ser un obstáculo al progreso y una grave lesión a la libertad de iniciativa. De lo que se trata es de profundizar en el análisis de los problemas para llegar al fondo sin enturbiarlos con enfoques parciales o utópicas ideologías. Sólo por este medio es posible llegar a acotar unas pautas socioeconómicas que sin mermar la libertad individual reduzcan la incertidumbre y armonicen a las múltiples fuerzas actuantes en el proceso económico.